

ESPEJO DE TRES LUNAS

HUERTO, MONTE Y MAR MURCIANOS

RECUERDO PRELIMINAR

COLGANDO de sus cadenas, que ya empezaba a ennegrecer el óxido, todavía alcancé yo a ver, adorno en los hogares formados a principios de siglo, unos pequeños espejos articulados de tres lunas con sendos cromos ingenuos de paisaje en su triple reverso.

Los recuerdo ahora como un símbolo, pues, si mientras tenían las hojas rebatidas, mostraba su paisaje, al abrir la charnela y desplegarlas, lo recatado en su interior, lo que resucitaba en sus azogues, era la multiplicada imagen de uno mismo.

LA HUERTA

Por un dichoso azar ferroviario, a la Huerta se la puede descubrir, o, más difícil todavía, redescubrir inédita, durante ciertas épocas del año, en un «crescendo» de impresiones visuales, como si, igual que en los relojes del filósofo, existiera entre la luz que aumenta y el paisaje que desfila una armonía preestablecida. Lejanas ya la meseta y la estepa, superado el monte, llegan, después de Cieza, Blanca-Abarán, Ulea, Archena, Ceutí-Lorquí, Alguazas, Alcantarilla... Y, con perfecto acorde luminoso, el alba, la aurora, la salida del sol, el gradual esplendor de la mañana...



Parece, aunque lo sepamos ilusión, que, en este milagro, no es uno el que va a la huerta, sino la huerta la que viene a uno, impregnando tan paulatinamente los ojos y el espíritu, desde la insinuación hasta el envolvimiento, que hay en su seducción algo de femenino.

Y, si el espectador asomado a la móvil ventanilla es un murciano, lo percibirá todo, además, bajo la emoción del regreso, que es una especie de resurrección menor, circunscrita a un lugar, pero en la que de alguna forma volvemos a incorporar el alma vinculada a un pedazo de tierra gene-síaca, el alma que, si esa tierra es de Murcia, dejamos como una boria sutil prendida a ella.

Pero para el extraño, de percepción no enriquecida por sentimientos y recuerdos, ese primer adentramiento en la huerta, esa penetración lineal en ella, no puede ser bastante para comprenderla enteramente, como sucede, casi a la primera ojeada, con el paisaje dulce y sin antinomias de la España verde.

Del paisaje de la huerta de Murcia, yo diría, pero para olvidarlo inmediatamente por altisonante, que es un paisaje proteico y prometeico. Un paisaje constantemente «in fieri», que se hace, deshace y rehace a sí mismo, con mutabilidad propia, apenas obediente al ritmo de las estaciones. Y en que lo opulento, frondoso, fértil, no es exclusivamente bendición del cielo como en las tierras que él asperja, sino empeño, esfuerzo, logro de habilidad y precaución dignas de Prometeo, que, recordémoslo, quiere decir en griego «precavido».

Por su constante cambio y su entrañada diversidad, es un paisaje de imposible panorama, que exige verlo desde dentro, aceptando la forzosa limitación, la lenta recolección de perspectivas, rincones, cornijales, en un auténtico catastro de riqueza estética.

No es la clase de paisaje-espectáculo que se puede contemplar sin vivirlo. No algo estático, algo acabado, perfecto, que se pueda mirar desde fuera, abarcar con la vista en su conjunto. Por su perenne devenir —patente la influencia del Río, su padre, en el sistema arterial de acequias y brazales—, se desarrolla aún más en el tiempo que en el espacio y nos incorpora a su mudanza...

Paisaje vivo y conviviente, capaz de asumir con naturalidad en la suya nuestra vida personal, quizá por mezclarse y sucederse en él, igual que en la vida humana, lo sórdido y lo puro, lo ruín y lo bello, el estiércol y el azahar, la caña renegrida, derrotada, caduca de la bardiza y la joven, erguida, empavesada que, en victorioso asalto a los quijeros, cubre



apretadamente de lanzas la carrera del agua turbia y fertilizante... Capaz también de asimilar, de armonizar en él, con armonía de contrapunto, la torre de la ermita y la chimenea de la fábrica, el chopo y el poste de flúido eléctrico. Y en donde, lo mismo que en nuestra vida pecadora, coexisten y no se excluyen el cieno de las mondas y la casi irreal delicadeza de los frutales en flor.

Nos explicamos, conociéndolo a fondo, no ya que no sea apto para paisaje de postal, sino que se resista a ser captado más noblemente en el lienzo, porque, según las palabras de Lessing, el artista no puede expresar más que un solo instante del tiempo, dando, por otra parte, una idea de conjunto, y cualquiera de esas dos normas resulta de imposible cumplimiento cuando el carácter del paisaje reside precisamente en su mismo cambio incesante, en su fugaz, constante, inaprehensible variación y no simplemente variedad de matices. Algo que no puede «permanecer y durar» más que en el espíritu de quien, propio o extraño, consiga las pupilas atentas y devotas con que el enamorado va registrando la sucesión de gestos que, más exacta y fielmente que las facciones, le reflejan el alma de la persona amada.

EL MONTE

Para un murciano, el Monte por antonomasia es el de la Romería, el del Santuario, cuyas torrecillas —sobre todo, si la época coincide con una primavera todavía oficiosa— cobran, superpuestas a la reciente impresión visual de las ramas floridas, un aire arbitraria y vagamente oriental.

Como su Mar, el Monte de Murcia es un monte menor y —como aquél en lo acuático— intermedio en lo terrestre, a medio camino entre el llano y la cordillera. Un monte para el que tenemos que ir desechando, al intentar hallarle epíteto, cualesquiera amanosos adjetivos del correspondiente casillero retórico. Ni abrupto, ni escarpado, ni inaccesible, ni áspero...

Por el monte, o los montes, de Murcia, oreando los romeros y balanceando las aulagas, o sirviendo de correveidile en el rumoroso diálogo entre los pinos y los eucaliptos, nos imaginamos sin dificultad algún viento suave, pero difícilmente la ventisca ni el vendaval.

Y, desde luego, en lo espiritual, el aire, el aura, de estos montes familiares, lo bastante cercanos a la Ciudad para no ignorar, en los crepúsculos y en las noches, el sonido de sus campanas y de sus altavoces, es un aire de esparcimiento, de ocio, cuando ya no de romería. El hombre de la Ciu-



dad, sujeto en ella a la servidumbre de obligaciones y deberes, ve en estos montes su liberación. Y se acoge a su amparo, usual o excepcionalmente, pero siempre con una sensación de hallarse en franquía, aunque en lo vegetal el «maquis» o matorral quede, a veces, limitado a lo mínimo.

Montes de vacación —y, en algún caso, también de compatible vocación—, por cuyas laderas trepan, en avanzadilla o en formación cerrada las edificaciones, pero con las cumbres todavía regaladas de silencio y de paz, sin más vivienda, por lo común, ni vecindad constante que la de los pequeños seres humildes que no siegan ni allegan en trojes.

Libres como los pájaros y, como ellos, con alas, si no en el cuerpo, en el espíritu, el monte, o los montes, de Murcia, benignos, amables, graciosos —aunque no fuera más que por eximirnos de un peaje de fatiga—, nos devuelven, en cada estancia de horas, días o meses, bastante del niño que una vez fuimos —o del que ahora creemos que fuimos entonces—, felizmente incapacitado por la minoridad para cualquier género de convenciones, para ningún Contrato Social. Y vislumbramos por un instante, con la huerta extendida a nuestros pies como una murciana manta de retales, el valor y el sabor de aquel tiempo inacabable de la niñez, copioso de esperanzas, prieto de novedades, pródigo en incesantes descubrimientos...

EL MAR

El Mar —el Mar de la sinfonía murciana; sea cualquiera su tiempo, en tono menor— está esperando al murciano desde que nace o desde que abandona sus playas, presente en el presentimiento o el recuerdo, aunque invisible al otro lado de los montes.

Todo murciano, por el hecho de serlo, está, como los Deodatos del medievo, predestinados a ese mar particular, y si el Segura podría suplir al Jordán para su bautismo cristiano, sólo quizá al inmergirse en el Mar Menor alcanza su bautismo murciano. El gesto de los padres que hemos visto derramando con su mano en cuenco el agua de ese mar sobre la cabeza de su criatura de pocos meses, adquiere así, a nuestros ojos, un prestigio sacramental.

Creo que este impulso ingénito que hace al murciano sentir incompleta su naturaleza hasta conocer el mar, ese Mar concreto, tal vez pudiera explicarlo la geogonía, pues en los montes que rodean la Vega se han hallado chapinas fosilizadas, remotas antecesoras de las que, como una greca a



realce, se añaden al leve encaje de las ondas en el embozo de las playas que hoy confinan la dormición de aquellas aguas primitivas.

Acaso también, según acontece a toda nobleza cuando ha de reducirse y vivir en mayor estrechez por la fuerza de las circunstancias, se ha ganado en finura y calidad lo perdido en capital líquido.

Lo cierto es que este ponto reducido y entre paréntesis, esta parcela de mar que el buen Dios se ha sacado de la Manga, parece acotado para la sensibilidad adolescente del murciano, como la adaptación de una gran obra peligrosa «ad usum Delphini».

La homérica «risa innumerable» de las olas no suele aquí pasar de sonrisa.

Pienso que, aún más que por lo que a la tierra se refiere, cada cielo tiene el mar que se merece, el que hace juego con su luz, el que a su sol si no lo cela— puede ofrecerle el adecuado tornasol, el que le da una réplica sin adulación como el espejo a la madrastra de Blancanieves.

Espejo más propicio por bruñido a todos los juegos de luz y contraluz, de irisaciones y cabrilleos, las aguas del Mar Menor se nos dan más bien como excipiente en que la luz disuelta y hecha tangible pueda ser percibida, no ya por su sentido propio, sino por el del tacto —el tacto fervoroso, que dijo el poeta, pero todavía cósmico e inocente.

Cuaquier hora es buena aquí para enriquecernos de luminosos tesoros, pero ninguna como la del atardecer, con el Mar Menor brindado, reluciente batea, a los mejores dones del cielo: la calma, la serenidad, la paz...

